

Scripta Nova

REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Universidad de Barcelona. ISSN: 1138-9788. Depósito Legal: B. 21.741-98

Vol. XVIII, núm. 475, 1 de mayo de 2014

[Nueva serie de *Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*]

SINAPIA: UTOPIA, TERRITORIO Y CIUDAD A FINALES DEL SIGLO XVIII*

Carlos Sambricio

Escuela Técnica Superior de Arquitectura – Universidad Politécnica de Madrid

Recibido: 11 de julio de 2013. Devuelto para correcciones: 9 de diciembre de 2013. Aceptado: 20 de febrero de 2014.

Sinapia: utopía, territorio y ciudad a finales del siglo XVIII (Resumen)

En 1975 *Sinapia* fue publicada por primera vez, proponiendo dos profesores interpretaciones diferentes: para uno, dicha utopía debería entenderse desde criterios definidos en torno a 1682 mientras que una segunda interpretación el texto apuntaba la posibilidad que dicho texto hubiera sido redactado un siglo más tarde. Abierto el debate, la polémica sobre ambas valoraciones se ha prolongado durante los últimos cuarenta años. Frente a dichas interpretaciones convendría recordar lo ocurrido a finales del XVIII, cuando en la noche del 4 de agosto de 1789 se abrió, en la Asamblea francesa, puertas a la nueva división administrativa del país.

Palabras clave: Sinapia, utopía, urbanismo, Ilustración, arquitectura, XVIII.

Sinapia: utopia, territory, and city at the end of the eighteenth century (Abstract)

In 1975 *Sinapia* was published for the first time, with two professors proposing different readings: for one, that utopia should be understood from criteria from the 1682, and for the second, the text had been conceived around 1780. With no archival foundation, both approaches opened a debate that has continued for almost forty years. From new interpretations one looks to understand how that utopia was imagined at the end of the Eighteenth Century, reflecting a clear knowledge of the open debates the night of August 4th of 1789 on the part of the National Assembly of France, in charge of drafting the New Revolutionary Constitution.

Key words: Sinapia, utopia, urbanism, Enlightenment, architecture, eighteenth century.

La historia es conocida: en 1975 el profesor Stelio Cro publicaba en Estados Unidos una desconocida utopía española -*Sinapia*- que localizaba en el Archivo del Conde de Campomanes, aquel quien -en la segunda mitad del XVIII- fuera Ministro de Hacienda y Director de la Academia de la Historia. Un año más tarde un historiador español, Miguel Avilés, editaba en España aquel mismo trabajo exponiendo en su introducción opiniones distintas tanto sobre la fecha en que el manuscrito pudo ser escrito como sobre su autor. Singular en la literatura española, en *Sinapia* se describe un país situado en las antípodas de España, sustituyendo el relato novelado por una pormenorizada descripción de su organización político administrativa, fiscal y religiosa y detallando los comportamientos morales y usos sociales de aquella República. Cro publicó el manuscrito de *Sinapia* junto con un *Discurso sobre la educación*, también anónimo, que encontró en el mismo archivo, entendiéndolo (basándose en la similar grafía) que una misma mano había escrito ambos textos. Y, opinando que los comentarios que aparecen en la citada utopía sobre religión o sobre el sistema educativo eran propios de finales del XVII, afirmó que *Sinapia* pudo haber sido redactada en la fecha de 1682 que sí aparece en el *Discurso*; Avilés por el contrario (y también lo exponía sin argumentos) apuntó como quizá *Sinapia* fuera obra redactada en la segunda mitad del siglo XVIII, insinuando incluso que su autor pudo haber sido Campomanes[1].

Al poco intervenía en la polémica el historiador francés François López quien, tras en principio avalar la opinión de Cro, cambiaba luego de criterio sugiriendo que quizás el texto hubiera

sido escrito en el primer tercio del siglo XVIII. El historiador francés (autor, por otra parte, de una notable obra escrita) forzaba a vez el buen sentido al señalar cómo la presencia en el relato de dos palabras de raíz catalano-levantina (al describir los oficios que fomentaban la inutilidad aparecían los términos *botilleros* y *parruqueros*) bastaba para atribuir la autoría del manuscrito a algún *novator* levantino[2] proponiendo -dada la singularidad del texto y sin otra base que su intuición- el nombre de Manuel Martí, sugerencia asumida luego por Álvarez de Miranda y López Estrada. Paralelamente, y en la línea apuntada por Avilés, dos hispanistas franceses (Paul J. Guinard y J.R. Aymes) defendían que *Sinapia* pudo haber sido redactada a finales del XVIII llegando éste último a comentar... *qui lit la Sinapia ne retrouve la qu'un pauvre amalgame d'idées empruntrées au P.Sarmiento ou a Jovellanos*[3]. Así, ante el estudioso interesado en conocer la datación de esta utopía se presentan fechas tan dispares como 1682, 1730 y 1780: polemizar sobre cuando *Sinapia* fue redactada obliga -al discrepar la atribución de unos y otros en casi un siglo y dada la falta de documentos- a enfrentarnos al relato, asumiendo que nada hasta ha sido razonado ni demostrado y que tanto la expresada por Cro, la defendida por López o luego por Avilés, Guinard y Aymes son solo hipótesis basadas en juicios de valor.

***Sinapia*, nuevo modelo de sociedad**

El texto (y tanto da seguir la edición de Cro[4] como la de Avilés) se organiza en 33 apartados que cabría agrupar en varios bloques: un primero (del apartado 1º al 5º) trata sobre los orígenes de *Sinapia* e informa sobre sus “habitadores”, describe las características geográficas del territorio, fertilidad de sus tierras, describiendo su flora y fauna; un segundo (del 6º al 21º) comenta sobre la división política de la República; un tercero (el 22º) trata sobre la religión imperante; el cuarto (del 24º al 28º) da cuenta de su organización político-administrativa, fijando las características de su gobierno militar y económico, política asistencial, justicia, educación y sistema representativo. Un último (del 29º a 31º) detalla la organización del trabajo y comercio, enfatizando la importancia que ciencias y artes debían tener en la República y concluyendo con dos valoraciones: una, sobre esclavos existentes en *Sinapia* y una segunda sobre la singularidad del “sitio que (...) es esta península, perfectissima antípoda de n(nuestra) Hespaña”[5].

Cierto que determinados aspectos detallados en *Sinapia* recuerdan al texto de Tomas Moro y sería absurdo insinuar que quien redactó *Sinapia* desconocía aquella obra: la novedad radica en que frente a una organización cuantitativa del territorio (todas las ciudades son iguales “todas están construidas sobre un mismo plano y todas tienen un mismo aspecto”, se decía en esta) *Sinapia* propone una organización de la República basada en la valoración cualitativa de dicho territorio. En la utopía descrita por Tomás Moro quienes crearon artificialmente la isla -cavando por orden del rey Utopo la gran fosa- establecieron una comunidad compuesta por 54 ciudades (incluyendo su capital, Amaurota, situada en el centro de la isla) disponiendo estas (todas de igual forma y extensión) a idéntica distancia y dando pie a que su autor señalara cómo “quien conoce una ciudad, las conoce todas” añadiendo “describiré una de ellas, no importa cuál”. Pero si nunca Moro dio razón por la que el número de ciudades era de 54, en *Sinapia* se fijaban y explicitaban las diferencias de trazado (detallando sus características económicas y dotacionales) existentes entre capital, villas y aldeas al tiempo que se argumentaba sobre la razón de su localización, su número, la lógica desde la que unas jerarquizaban a otras y, lo que es igualmente singular, describiendo su sistema de gobierno económico o su política asistencial, justicia, educación y sistema representativo, novedosos cada uno de ellos frente a otras utopías.

De la organización de una soñada “República” a la propuesta de “Nación”

“Nuestra historia es también la historia de las cosas que contamos” señalaba Foucault en 1971[6] destacando cuanto el relato ficticio es reflejo de la realidad. Tanto da se tratara de “viajes imaginarios” (“odiseas filosóficas” las denominaría Nicolaas Wijngaarden)[7] o de críticas sociales, la conciencia utópica encontró diversos modelos y formas de expresión. Bien su autor se identificaba con quienes -desde otras parcelas del sueño- reclamaban la trascendencia del “buen salvaje”, bien con la meditada acción del sabio gobernante que fundara un reino, con la idílica visión de un “paraíso perdido” o con la justa razón del remoto legislador. Para quien soñaba con viajar a lejanos y exóticos países la *ciudad ideal* aparecía como marco en el que el relato fantástico trastocaba lo cotidiano, formulando y describiendo nuevas estructuras sociales. La utopía, a lo largo de los siglos, ha adquirido múltiples formas y se ha presentado (ante un lector-cómplice) no como relato novelado sino como crítica implícita del presente, buscando cambiar el rumbo de la historia. Textos políticos susceptibles de censurar el comportamiento de determinada sociedad o concebidos como relatos de aventuras, en la segunda mitad del XVIII la utopía clamó tanto contra las desigualdades y los privilegios como esbozó la posibilidad -nunca formulada hasta el momento- de organizar el territorio que hasta entonces se denominara “Reino” o “República” y que en *Sinapia* se entendería ya como “Nación”.

La “división territorial” que caracterizó los años inmediatos a 1830 tuvo su génesis en las polémicas abiertas en la segunda mitad del XVIII, y cuestionar la división político-territorial de una República implicó afrontar el debate sobre su organización administrativa, tema ajeno tanto al relato de Tomás Moro como a las utopías barrocas. Si *Utopía* describía el gobierno de una ciudad, *Sinapia* fue la propuesta tanto de un nuevo orden espacial cómo de que manera gobernar un territorio *...construction fictive (...) où apparaît figurativement l'autre où le négatif de la réalité sociale historique contemporaine*, señalaba Louis Marin[8]. Frente a un abate Coyer, quien en 1751 presentaba en *La Découverte de l'isle frivole* la imagen de una Francia decadente (o frente a *Chinkî, histoire cochinchinoise qui peut servir à d'autres pays* (1768), que el mismo autor entendía cómo crítica a las estructuras feudales y corporativas)[9] *Sinapia* mostraba la organización espacial y la división administrativa de un país imaginado. Tras destacar como característica tener “una forma costera parecida a la española”, no sólo precisaba sus dimensiones -cifradas en ciento cincuenta y tres leguas “sinapienses” de largo por ciento cincuenta de ancho- sino que posibilitaba -al precisar la cifra máxima de habitantes en cada

provincia- conocer su población. Y al tratar sobre su organización política señalaba como dos líneas paralelas y otras dos perpendiculares a estas dividían (en el papel) al país en nueve cuadrados de superficie aproximada, recibiendo cada una de estas demarcaciones el nombre de provincia, “cada una de cuarenta y nueve leguas sinapienses, (...) separadas unas de otras mediante fosas, doble fila de árboles y pirámides de piedra o ladrillo”. Tras ello subdividía cada provincia en cuarenta y nueve cuadrados -de siete leguas sinapienses de lado- que configuran los partidos de las ciudades que configuraban la provincia y, con idéntico criterio, cada partido se troceaba en otros cuarenta y nueve cuadrados -de una legua de lado- que definían los términos de las villas.

Nueve provincias con otras tantas metrópolis, cuatrocientos cuarenta y un partidos e igual número de ciudades y veintiuna mil seiscientos nueve términos, cada uno de ellos con una villa[10]. Cada una de estas divisiones tendría, en su centro geográfico, un núcleo de población (metrópoli, en el primer caso; capital en el segundo y villa en el tercero) definidas por idénticos criterios; cada demarcación de un mismo rango sería idéntica en superficie y número de habitantes a cualquier otra; el programa dotacional cambiaba en función que se tratara de una metrópolis, capitales o villas y, por último, al construir aquel espacio desde una reorganización administrativa, hacía coincidir en un mismo punto la sede del poder civil (administrativo, fiscal, judicial y militar) y la del poder religioso, unificando ámbitos de competencia (Figura 1).

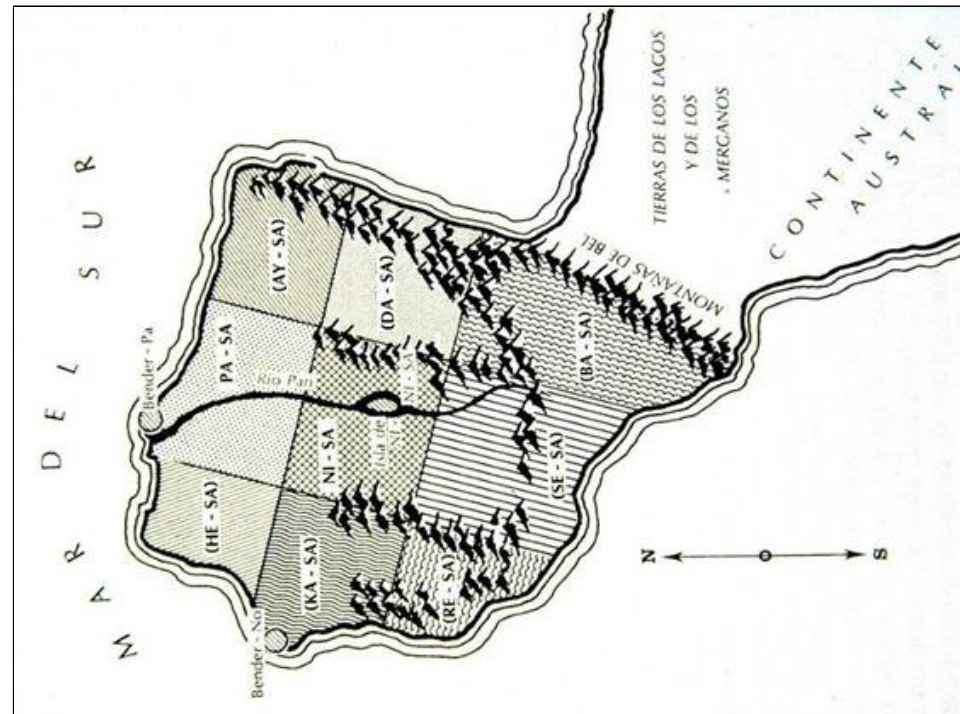


Figura 1. Mapa de Sinapia, según Miguel Avilés.

Fuente: Avilés, 1976, p. 23.

Que *Sinapia* definiera su ámbito de actuación no circunscribiéndolo a una ciudad (la soñada “isla perdida”) sino llevándolo al conjunto de un país supuso un cambio en la escala de actuación que implicó la crítica a la heterogénea división administrativa de la España existente, formulándose un modelo alternativo. Como señalara Lucien Febvre *...l' utopie (...) traduit à la fois les besoins d'évasion hors des réalités présentes et d'aménagements des réalités futures qui fournissent à l'historien une des traductions, à la fois les plus délibérément infidèles et les plus inconsciemment fidèles de la réalité d'une époque et d'un milieu. Anticipations et constatations mêlées; les linéaments du monde qu'on voit; les traits qu'on devine et qu'on prophétise du monde de demain ou d'après-demain. (...). Par-là leurs oeuvres sont, pour l'historien, des témoignages souvent pathétiques, toujours intéressants, non pas seulement de la fantaisie et de l'imagination de quelques précurseurs mais de l'état intime d'une société*[11]. Uno de los rasgos singulares de esta utopía fue romper con una estructura administrativa - reflejo de una España constituida por la agrupación de reinos históricos- proponiendo dividir el territorio de manera geométrica, asignando a cada provincia igual superficie, una misma

población e idéntica importancia jerárquica. *Sinapia* no se formuló pues como “comunidad imaginada” sino como nación soberana consciente de cuáles eran sus fronteras (y expresar su intención de defenderlas contra invasiones) definiéndola como territorio donde las provincias contaban con estructura socio-espacial colectiva[12]. Al margen que los miembros de una comunidad cualquiera alcanzaran o no conocer a la mayoría de sus compatriotas, en la mente de cada uno existía la conciencia de su comunión[13] (Figura 2).



Figura 2. *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos* (1797).

En *Sinapia*, a diferencia de otras utopías, no solo cada unidad administrativa debía tener una capital sino que se fijaba su ubicación -fuera provincia, partido o término- situando esta en el centro geográfico del espacio cuya gestión asumía: y precisar las dimensiones del territorio administrativo de manera tal que desde el punto más alejado de una provincia cualquiera pudiera desplazarse a la capital y regresar a su domicilio el mismo día fue cuestión solo planteada en la segunda mitad del XVIII. Fue solo en torno a 1750 cuando algunos reclamaron en Francia una reforma de la división provincial, formalizándola Turgot y retomando el tema Le Trosne; en 1757 D’Alambert y Diderot -en la *Encyclopedie*- propusieron una división administrativa, buscando facilitar la recaudación de impuestos, corregir diferencias, igualar ámbitos de jurisdicción y centralizar en un mismo punto distintos servicios administrativos, jurídicos, fiscales, militares y religiosos; así mismo, en 1788 Condorcet -en su *Essai sur la constitution et les fonctions des Assemblées provinciales*- propuso cuales debían ser las dimensiones máximas de las provincias[14].

Si Sinapia se concibió como “república monárquica, mezcla de aristocrática y democrática” donde “el monarca son las leyes; los nobles son los magistrados y el pueblo son las familias” un aspecto sorprendente es el que se refiere a la organización de los esclavos, definiendo estos en tres tipos: los comprados a las naciones amigas (cuya función sería servir en las casas de los sinapienses); los tomados en guerra y “debían servir en las casas y cosas públicas hasta que hayan cambio (por) Sinapienses o aliados con quien puedan trocarse” y un tercer grupo, constituido por quienes hubieran sido condenados y a quienes debía tratarse con rigor, estando siempre presos y trabajando en obras públicas, caza, pesca o transportes. Según los delitos cometidos habrían podido ser condenados a esclavitud temporal o perpetua: sin embargo nada se dice en el texto sobre dónde y como debieran vivir (ni se explicitaban diferencias entre los tres grupos) ni nada se especificaba sobre su participación en las funciones religiosas.

El territorio se valoraba en *Sinapia* no desde criterios cuantitativos sino desde valores cualitativos: y llevado, por a preocupación, su autor precisó el número máximo de familias que debían residir en una metrópoli, ciudad o villa indicando a continuación como “cada familia vive en su casa” y puntualizando como “cada familia no puede exceder de doce personas”. Al describir el barrio o cuartel estableció como un barrio debía contener diez casas particulares más una, la del padre del barrio[15]; la villa debía estar constituida por ocho barrios y cuatro casas del común[16]. Por último, las ciudades no podían exceder de 1.200 familias, al margen de los magistrados de parroquias, estudiantes o esclavos que residieran en las mismas[17].

Cada núcleo urbano se concibió no solo en función del número de habitantes sino también desde un estricto programa de dotaciones y equipamientos: el barrio contaba con una casa para el padre del barrio; la villa dispondría de ocho casas del común y, en el centro de su trama, se situaría una plaza cuadrada con su templo; las ciudades (también de traza cuadrada) se describían circundadas por paseos arbolados (con lo que se impedía su crecimiento) quedando compuestas por barrios al modo de las villas, divididos en parroquias en cada una de las cuales se levantaría un templo, disponiéndose en el centro de cada ciudad uno de mayor tamaño junto al cual se levantarían las viviendas de los eclesiásticos, cuatro casas del común de la parroquia y otras cuatro del común de la ciudad. La metrópoli sólo se diferenciaba de las ciudades por ser sede del obispo y de los magistrados provinciales, domiciliados éstos en casas del común de la provincia; así mismo las metrópolis constaban de iglesia catedral en el centro de la población y, junto a ella, seminarios. La Corte no se diferenciaba de las otras metrópolis sino por ser residencia del príncipe, del senado y arzobispo, de los patriarcas y establecerse en ella los embajadores; en la Corte se localizaban la Academia y los archivos, siendo la Corte donde se celebraran los concilios generales de la nación[18].

Al releer las características que se atribuyen a las provincias, partidos o villas se advierte como la forma de marcar límites (utilizar el arbolado construyendo paseos a modos de alamedas, urbanizando la naturaleza o disponiendo pirámides de ladrillo en los puntos de encuentro de los caminos) entronca lo que en la Francia de la segunda del XVIII se denominó *le devoir d’embellir*[19], planteamiento en todo punto ajeno al urbanismo de finales del XVII. Lo que no había aparecido ni el el XVII ni tampoco durante la primera mitad del XVIII se hacía presente en la segunda mitad del siglo en Francia y España, pudiendo relacionar lo comentado con los múltiples proyectos de alamedas que aparecen en la España ilustrada (Paseo del Prado en Madrid, Ramblas en Barcelona, Arenal en Bilbao, Alameda en Málaga, Paseo del Espolón en Burgos...), en las propuestas para sustituir los muros defensivos por paseos arbolados que limitaban la población (Barcelona, San Carlos en Cádiz, Madrid, Valladolid...) o con los obelisco ideados (por ejemplo, los trazados por Luis Paret en el camino que desde Vitoria enlazaba con Bilbao) desde la voluntad por construir hitos referenciales[20]. Pero, y sobre todo, se especificaba tanto que debía ser un barrio (compuesto por diez casas particulares, más una -del padre del barrio- dispuestas en dos aceras opuestas entre las que se trazaba un jardín urbano, hecho inimaginable en una población barroca) como que una villa (población cerrada, compuesta de ocho barrios y cuatro casas del común) al tiempo que se fijaba taxativamente el trazado de la ciudad[21]. A la vista de tal descripción, cabe reflexionar sobre otras ciudades con características similares, lo que lleva a replantearnos como se concretó la experiencia colonizadora en la España de la segunda mitad del XVIII.

Arquitectura y ciudad en las utopías españolas del XVIII

Rara vez las utopías literarias reflejaron las características del espacio domestico y hacer visible lo invisible se echa en falta en la mayoría de aquellos relatos: todo lo más -como ocurre en *Juan Luis*, utopía escrita por Rejón de Silva- se describen pautas de comportamiento social informando sobre anécdotas (p.e, el protocolo existente en las tertulias de las clases acomodadas o sobre los juegos de cartas allí practicados) pero nada sobre la vida cotidiana de sus habitantes. Frente a ello, *Sinapia* detalla todos y cada uno de los actos que regulaban la vida de la

familia (desde el despertar hasta el comportamiento en la mesa y el tipo de almuerzo, pasando por el modo de disponer la mesa -los *mênués-plaisirs* llevados a la utopía (!)-, el ceremonial de bodas o la relación de los necesarios enseres domésticos) y, lejos de ser estos comentarios inconexos, su conjunto demuestra cuanto lo descrito refleja una larga reflexión. Tras especificar las características que debían cumplir las viviendas (de las que se daba número de habitaciones y uso) añadía “las camas, las sillas, las mesas y demás alhajas necesarias, todas son uniformes, la vajilla toda es de porcelana y de un modo”. Precisaba el horario de trabajo y marcaba el tiempo de descanso; por lo mismo, la uniformidad en las dotaciones era coherente tanto con la crítica al lujo como con la voluntad de generar una única solución de vivienda (en las distintas Nuevas Poblaciones de Sierra Morena los colonos contaron con un solo tipo de vivienda), un único modo de comportamiento social que regulara el espacio que cada uno debía ocupar en los actos sociales, el orden del cortejo, los privilegios, la jerarquía en el rito...

Si en *Sinapia* la asistencia recíproca y la puesta en cuestión del derecho a la propiedad aparecían como características, en modo alguno se cuestionaron los conceptos de “orden” y “jerarquía”, conceptos de singular importancia en todas las actividades de la comunidad. “Orden” y “jerarquía” aparecen en las descripciones dadas sobre funciones eclesiásticas, domésticas o públicas, detallando (p.e) el protocolo en la procesión ceremonial al fijar como “preceden los esclavos, siguen los hijos de familias, después los padres y finalmente los padres de barrio. Vienen aparte los magistrados con sus familias (...) entran primero por la puerta principal los eclesiásticos y ocupan el coro y presbiterio, después se diluyen los hombres de las mujeres, entrando aquellos para la puerta de la mano derecha y estas por la de mano izquierda”. Pero hubo más: determinados actos colectivos (por ejemplo, la denominada “fiesta extraordinaria” celebrada “cuando un padre de familia se halla con doce hijos vivos”) se concibieron no como glorificación de la “jerarquía” sino como glorificación del “orden económico”, al enaltecerse (y fomentarse) el incremento de población, coherente quien redactara *Sinapia* con las opiniones de los economistas de la segunda mitad del XVIII (fueran estos neo-mercantilistas, agraristas o populistas) que entendían cuanto las pesadas cargas fiscales (unidas a una maquinaria agrícola obsoleta) endurecían las condiciones de vida del campesino, razón por la que sugerían fomentando el incremento de población[22].

La singularidad de *Sinapia* radica tanto en su capacidad por describir ritos y pautas en la vida cotidiana como (preocupada mostrar una imagen urbana específica) en imponer un tipo de arquitectura domestica para toda la República. No sólo se asumían las “ordenanzas de ornato” -definidas en el primer cuarto del XVIII por Ardemáns, a partir de la obra de Torija- sino que se hacían propias las aprobadas en 1783, cuando la barcelonesa Comisión Médica fijó lo que se denominaron “ordenanzas de agua”, “aire” y “fuego”, estableciendo cuanto la altura de los edificios debía depender del ancho de la calle, buscando con ello que el viento y el sol sanearan aires impuros. Buscando definir la imagen de “la calle”, imponía que en las fachadas de los edificios particulares se construyeran galerías porticadas precisando como “entre ellas medie un jardín común con su fuente o noria en medio”, planteamiento este (el del jardín urbano) extraño por completo a la España anterior a 1750. Y así como fijaba “leyes edilicias”, también formuló las premisas que debían caracterizar el gobierno económico de aquella República al destacar cual debía ser la formación de los jóvenes y establecer como estos “desde los quince hasta los veinte aprenden la agricultura” dejando claro que “todos, además, aprenden algún arte o ciencia” añadiendo como “la ocupación perpetua de los que moran en los territorios de las villas es la labranza y crianza”[23].

Cabría pensar, a tenor de lo señalado en la última frase, que la población de *Sinapia* se dividía entre rural (dedicada, como se señalaba, a la labranza y crianza) y urbana, siendo la “ocupación perpetua” de “los que viven en los barrios (...) las artes necesarias para la vida humana”. La sorpresa viene cuando en el texto se especifica cómo “para que todos se ocupen igualmente y aprendan la agricultura se saca la mitad de las familias de las ciudades, cada dos años, y se reparten por las villas, de adonde pasan otras tantas familias a morar en la ciudad. Y cada año va la mitad de las familias de las villas a morar en los territorios y de estos vuelven otras tantas familias a morar en las villas”[24]. Centrar la economía de *Sinapia* en la agricultura no solo implicaba establecer un vínculo entre la propuesta y las ideas agraristas de la época sino, y sobre todo, con el concepto mismo de colonización.

La descripción de urbes en otras utopías del XVIII

Si la mayoría de los relatos sobre viajes fantásticos concebidos fuera de España se habían centrado en describir usos y costumbres, comentando sobre moral, comportamientos, modas, criterios sobre la educación o lujo existente, también hubo relatos donde se comentaron las características de lugares que dejaban de ser imaginados y se convertían en referencia geografía precisa. Así, las *Lettres édifiantes et curieuses* enviadas por los misioneros jesuitas describiendo las sociedades indias, chinas o americanas incrementaron un interés por aquellas que se reflejaria tanto en los artículos publicados en la *Encyclopedie* en 1753 (*Communautés tacites*) como los que aparecieron en el *Journal Économique* de 1755, en la edición de 1764 del *Dictionnaire philosophique* o en los comentarios publicados por el abbé Rozier en el tomo VII del *Cours complet d'Agriculture*[25]. Recordando a Montaigne (...*chacun appelle barbarie ce qui n' pas de son usage*) interesaba tanto la apología que sobre “el virtuoso salvaje” hiciera la sociedad europea (y tanto da tomar como referencia el *Arlequin sauvage* de François De Lisle de la Drevetière como al Gazel Ben-Aly de Cadalso)[26] como conocer su realidad. Sin embargo hace años Álvarez de Miranda -tras consultar la *Encyclopedie de l'Utopie* de Pierre Versins[27]- constaba no solo el reducido número de utopías españolas sino que destacaba ser estas, en su mayoría, libros de viajes o relatos morales. (Figura 3 y Figura 4).

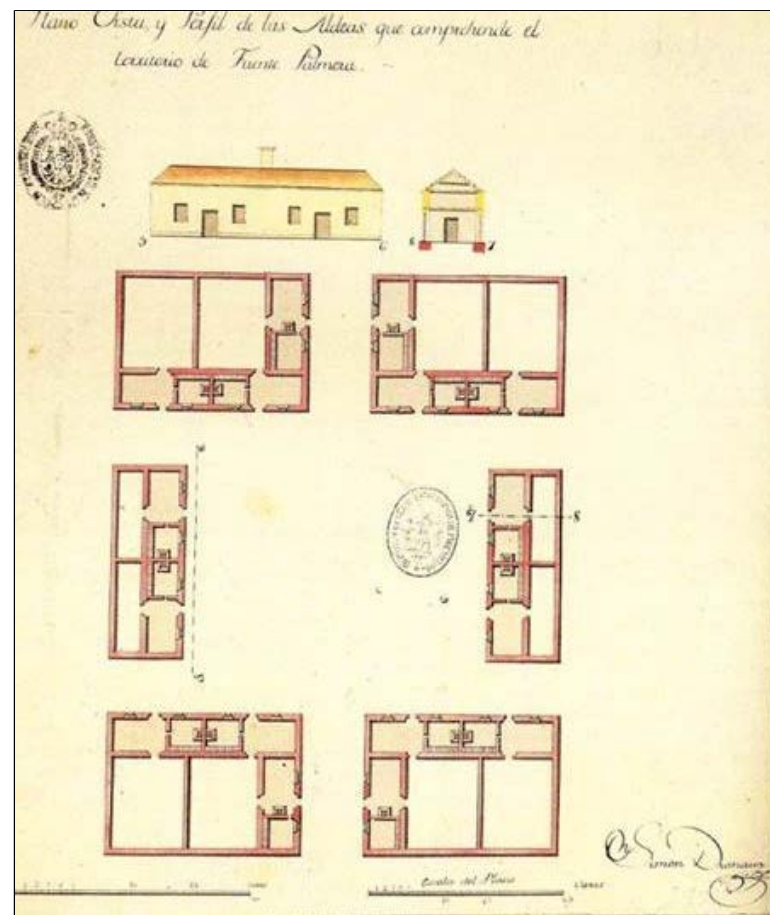


Figura 3. Simón Desnaux. Plano, vista y perfil de las aldeas que comprende el territorio de Fuentepalmera (Sierra Morena) (circa 1770).

Fuente: Servicio Histórico Militar, sig.2884-015/353; NM 8-16/2884.

Reclamar un modelo de sociedad se ajustaba a la idea que “un reino mal compartido jamás quedará ordenado”. Son escasas las descripciones que se hace de los espacios visitados[28] y así, la *Utopía de Chersoneso* (1788) de Pedro de Montengón (novela de aventuras más que libro de viaje) apenas ofrece -en sus dos tomos- descripciones de las ciudades visitadas ni detalla sus particularidades, omitiendo -por ejemplo, cuando el adivino Chrisomis dicta a Antenor las características de la población que debiera fundar- describir la urbe edificada en los terrenos cedidos por el rey Tola[29]. Tampoco en las *Aventuras de Juan Luis*, publicada en 1781 por Rejón de Silva, se describía la que se propuso como paradigma de ciudad ideal: quien abandonara Nogalia y descubría Fortunaria -capital de la Isla- contaba sus aventuras y relataba su quehacer cotidiano sin dar cuenta de cuánto se ofrecía ante él: nada comentó sobre cómo se resolvía, por ejemplo, la embocadura de camino externo a la población con la calle ni precisó si la puerta de entrada -donde, al acceder, quedó registrado su protagonista- era lugar de acceso de mercancías (portillo) o puerta noble. Y cuando el texto citaba un equipamiento, la referencia se limitaba a la mera mención (fuera este teatro, casa de la piedad, cualquiera de las dos cárceles mencionadas, edificio para el Senado de los Moderadores o impreciso paseo de las Estatuas) sin que -al faltar descripción- podamos imaginar su imagen[30].

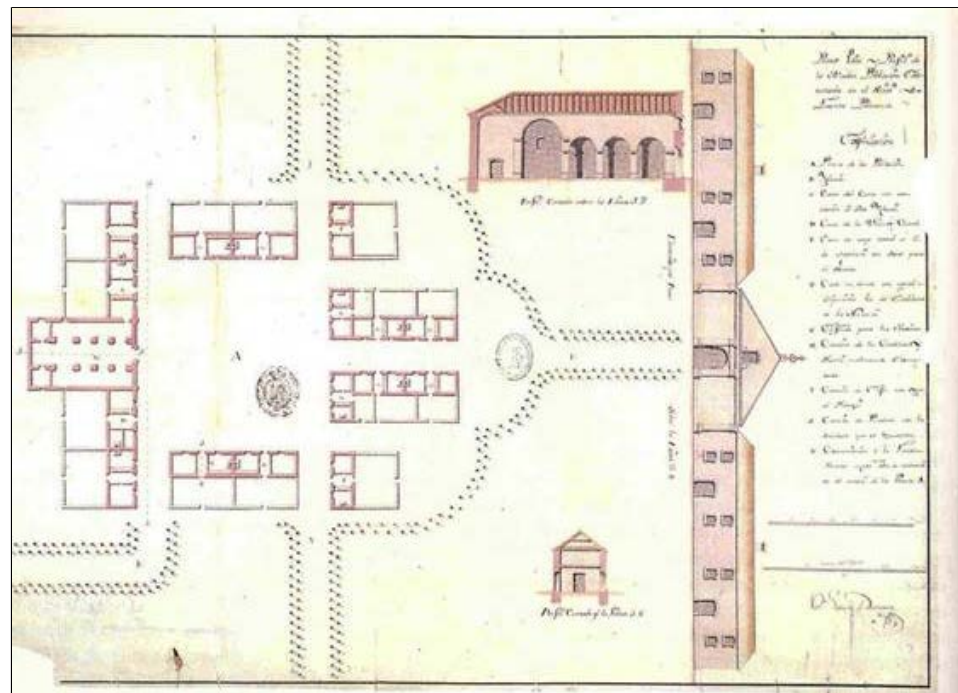


Figura 4. Simón Desnaux. Plan, vista y perfil de la nueva población ejecutada en Fuentepalmera (Sierra Morena) (circa 1770).

Fuente: Servicio Histórico Militar, sig.2884-015/354; NM 8-16/2885.

En *La Monarquía Columbina* (escrita en 1782 por Andrés Merino de Jesucristo) se negaba incluso la existencia misma de sociedad comentándose “vivieron las palomas sin forma alguna de República”. Tomando como base la *Fable of the Bees: or, Private Vices, Publick Benefits*, de Bernard de Mandeville la única referencia urbana localizada era aquella en la que Calístomos (“paloma o palomo (...) dado que los historiadores están divididos en si era varón o hembra”) mencionaba lacónicamente -en el discurso III- el lugar escogido para fundar la colonia y de cómo “para evitar confusión la dividió en 12 tribus o barrios, señalando a cada uno el terreno necesario para edificar sus casas, almacenes, graneros”[31]. Tampoco en *Ayparchontes*, el relato publicado en *El Censor*, la sociedad de los Ayparchontes descrita por Zeblitz (“divididos en seis clases, quien ostenta el título de nobles alcanzan esa categoría no tanto por su ascendencia cuanto por sus meritos”) ofrece imagen urbana alguna. Y si en el discurso 48 el atractivo personaje denominado “el Desengañador del Mundo” asumía la responsabilidad de instruir “poco a poco” a una multitud iletrada, la descripción de la utopía que aparece en los discursos 61, 63 y 75 radica no ya en criticar la ociosidad de la nobleza (tema tratado en otros discursos) sino las prerrogativas de la jerarquía eclesiástica, abolidas en la tierra descrita, donde “las leyes no sólo no les conceden [a los ministros de la religión] jurisdicción ni autoridad coactiva alguna, sino (...) ni aún los eximen en ningún caso de la de los magistrados”[32]. Dejando de lado (al ser traducción del libro de Pierre Poivre) *El Arte de cultivar la razón o descripción de la colonia Ponthiamas* (donde tres sabios chinos deciden exponer al pueblo el fruto de sus meditaciones sobre “los principios y las reglas de conducta que pueden suplir la falta de leyes”)[33] y donde nada se dice del espacio urbano de aquella isla, la única nota sobre cómo afrontar la colonización de zonas abandonadas aparece en el libro cuarto del texto escrito por Pablo de Olavide -tras su condena por la Inquisición- titulado *El Evangelio en Triunfo*, editado en 1799[34].

La repoblación de zonas despobladas fue, en la segunda mitad del XVIII, referencia obligada en los numerosos trabajos que debatieron sobre el incremento de la población del país: algunos, como Cuadrado Fernández, propondrían -en el tercer libro de sus *Causas de la decadencia en España*- repoblar los núcleos abandonados de la Mancha señalando como “si a un pobre de cada pueblo o villa de España, se le ofreciesen tierras para cultivar, semillas, 10 años libres de impuestos y apeos necesarios para la labranza -condiciones ofrecidas a los extranjeros- se podrían poblar fácilmente todos los terrenos desiertos. Se podrían fundar 106 Consejos de a 3 pueblos, que son 320 a 50 vecinos útiles cada uno; y quienes quisieran podrían presentarse ante las justicias respectivas y demostrar su calidad de pobre de solemnidad”. Contrario a las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía -argumentando los gastos que supondría hacer venir colonos alemanes- Cuadrado priorizaba la repoblación de La Mancha argumentando su menor costo de su puesta en funcionamiento, sin comprender que si aquellas tierras habían sido abandonadas la causa del fracaso fue la inexistencia de un proyecto económico capaz de organizar aquel espacio. Y que si las productivas tierras de Sierra Morena

aparecían abandonadas se debía tan solo a la irregular actuación del Ayuntamiento de Espiel quién había impedido la ocupación de estas tierras a los futuros colonos. Olavide, -en la correspondencia que en 1767 cruzara con Miguel Muzquiz- al señalar su intención de llevar a la practica la propuesta, su primera preocupación fue el estudio del terreno para así conocer - tras las correspondientes mediciones- la superficie a ocupar y calcular no solo el número de parcelas a distribuir (al dividir el área total por las dimensiones asignadas a cada parcela) sino precisar el número de colonos que debían llegar.

A finales del siglo Pablo de Olavide publicaba en cuatro tomos un conjunto de cartas bajo el titulo *El Evangelio en Triunfo*. Pese a que él mismo manifestaba cuanto el libro no era sino traducción de una obra apologética (*Les délices de la religion*, del abbé Lamourette, escrito en 1788) donde las treinta y cinco primeras cartas (los tres primeros tomos) relataban “los argumentos” de un filosofo desengañado para volver al seno de la Iglesia (no haciendo Olavide, como señalara Defourneaux, sino cambiar el nombre de los personajes) mientras que las seis últimas (de la XXXVI a XLI, si bien solo la carta XXXVII se centra en el tema) aparecían agrupadas bajo el subtítulo de *Cartas de Mariano a Antonio* dando un quiebro respecto al conjunto de las publicadas.

Quien fuera responsable de la repoblación de Sierra Morena y Nueva Andalucía treinta años más tarde fantaseaba sobre la iniciativa de un amigo, propietario rústico, dispuesto -ante el estado de abandono de determinado núcleo rural y buscando el progreso de la agricultura y la riqueza de la nación- no solo a dividir una dehesa de su propiedad en parcelas de 35 fanegas entregando unas a amigos “ilustrados” (“desde que las suertes estén divididas y acotadas, yo tomaré una, tú otra”)[35] y confiando en que los campesinos de la zona -animados ante la experiencia- decidieran sumarse a la experiencia, patrocinando al tiempo la creación de dos escuelas y, luego, la fundación de un hospital[36] con vista a hacer ver a los campesinos cuanto la agricultura era capaz de generar riqueza. Entre el inicio de la colonización de Sierra Morena y la publicación de las *Cartas de Mariano a Antonio* el Saber urbanístico había sufrido significativos cambios e identificar, por ejemplo, el inicial trazado de aquellas Nuevas Poblaciones con proyectos urbanos concebidos a comienzos del XIX (el Puerto de la Paz, trazado en 1803 por Silvestre Pérez, por ejemplo) sería equivocado. Extraña que Olavide, lejos de formalizar una imagen susceptible de ser valorada como construcción de un espacio económico, reordenando un amplio territorio, propusiera -como opción de “sociedad ideal”- una pacata y mojonada propuesta, concebida desde supuestos filantrópicos y no -como lo fuera la idea de 1766- desde la pretensión de trastocar la realidad.

Lo expuesto por Olavide en 1799 nada tuvo que ver con el proyecto político-económico de las Nuevas Poblaciones y solo cabría identificarlo con alguna de las empresas colonizadoras de los años finales del reinado de Carlos III, cuando hacendados rurales -buscando conseguir el favor real y obtener algún nombramiento- patrocinaron la fundación de algún pueblo, dentro de sus heredades. Sierra Morena se había planteado con intención política: el aprovechamiento agrario de terrenos despoblados fue el pretexto para enfrentarse a nobles con mayorazgo, clero regular dueño de extensas propiedades amortizadas, cargos municipales vinculados a determinadas familias propugnando -en abierta oposición a los privilegios medievales mantenidos por la Mesta- organizar escuelas primarias de asistencia obligatoria, establecer cargos municipales temporales de elección directa, edificar viviendas diseminadas por el campo y propiciar un conjunto de explotaciones agrícolas y ganaderas. Frente a una situación en la que grandes parcelas pertenecían a un solo labrador en régimen de cultivo extensivo (grave obstáculo para una óptima explotación) en las Nuevas Poblaciones se procuró organizar una sociedad campesina cuya base fuera a la propiedad familiar de superficie media. Surgió la discusión sobre el tamaño óptimo del lote que debía recibir cada familia fijándose en 50 fanegas: y que en las *Cartas* el lote se definiera como de 35 fanegas refleja cuanto Olavide era incapaz de concebir su propuesta desde otra perspectiva que la vivida treinta años antes.

Es evidente que el *Fuero de Nuevas Poblaciones* se redactó a tenor del debate existente en aquellos años sobre agricultura y economía y las ideas esbozadas por Duhamel du Monceau en el *Nuevo método de cultivo de la tierra* (traducido al castellano en 1751) tuvieron aplicación práctica[37] destacando el *Fuero* como el objetivo de la empresa colonizadora era establecer en aquellas tierras “habitantes útiles e industriosos” destinados a la labranza, crianza de ganado y artes mecánicas, actividades que debían ser “el nervio de la fuerza del Estado”. Preocupado Olavide en 1766 ante la posibilidad que la Iglesia pudiera dar al traste el proyecto, prohibiría en las Nuevas Poblaciones no solo el establecimiento de estudios de Gramática (o facultades mayores, así como comunidades religiosas de uno u otro sexo) sino cualquier sistema didáctico basado en el latín y en la filosofía escolástica, haciendo obligatoria la asistencia a la escuela de primera enseñanza, la cita implícita a un Cabarrús que comentaba la necesidad de entender las escuelas como “templo patriótico”.

La colonización de las Nuevas Poblaciones se había llevado a término, como he señalado, conociendo la topografía del territorio, marcando un perímetro de actuación y buscando que tanto la ubicación de las poblaciones potenciara la riqueza como que las funciones administrativas se definieran acordes con la organización del territorio desde criterios cualitativos. Aquella actuación -como comentara Bernardo de Quirós- fue reflejo del viaje que Olavide hiciera en agosto de 1767, recorriendo la parte baja de Sierra Morena, inspeccionando el lugar, estudiando posibles emplazamientos y fijando -como resultado de este viaje- tres posibles parajes como puntos de partida de la colonización.

Si en el primer tercio del XVIII se había intentado “repoblar y colonizar” las zonas despobladas del bajo Segura, fundando el cardenal Belluga cinco núcleos urbanos -aislados e independientes entre sí- conocidos como “Pías Fundaciones”, tales actuaciones se concibieron mas como acción benefactora que como ordenación espacial. Años más tarde Campomanes (promotor político de la repoblación Sierra Morena y Nueva Andalucía) señalaba en su *Bosquejo de política económica* como “Hasta aquí hemos tocado providencias generales para aumentar la población de los lugares ya establecidos. Pero como as no bastaran para hacer habitables los muchos despoblados del reino (...) conviene tomar aun ulteriores providencias y las reglaremos a las que los romanos practicaban para fundar sus colonias (...) El primer paso había de ser empezar por el reconocimiento de todos los despoblados del reino, haciendo un exacto mapa de ellos, su extensión, lugares confinantes, calidad del terreno, arboleda, yerbas, aguas (...) de calidad que se alcanzase una cabal instrucción de ellos y pudiese hacerse un

juicio de los pueblos que podrían fundarse de nuevo, numero de vecinos que sería necesario, que terrenos convendría desmontar (...) Dicho o, se habría de aplicar a la nueva población todas las tropas reformadas (...) Serian empleados en estas nuevas poblaciones no solo las tropas reformadas españolas, sino también los extranjeros verdaderos católicos que quisieran establecerse (...) Como antes de todo, este terreno necesitaba desmontarse y hacer casas, trabajarían en ello las tropas de la población (...) y las casas se harían a cuerda por calle en sitios sanos, dirigiendo las obras y reparación de terrenos los ingenieros de S.M. Las tierras no podrán venderse ni aun a vecino habitante en aquellas poblaciones nuevas (...) en caso de extinguirse una familia entera, se repartiría la tierra vacante a un nuevo poblador bajo las mismas calidades”[38]. Tras definir las características de la agricultura, proponía fomentar tanto la instalación de colmenas como la plantación de moreras, fijando incluso las dimensiones de estas poblaciones al señalar como estas colonias no debían de 500 o 600 vecinos “porque siendo mayores son dificultosas de gobernar y se introducen muchos holgazanes”[39].

La preocupación de Campomanes por conocer el territorio se evidenció tanto en su *Itinerario de las carreteras y postas de dentro y fuera del Reino*, publicado en 1761, como en su iniciativa como Director de la Academia de la Historia cuando propuso sustituir los “Interrogatorios” de Tomás López por descripciones geográficas científicas y precisas encargando la redacción de un *Diccionario geográfico de España*[40]. Conocer la realidad del país era preocupación tanto de geógrafos como de economistas, y ello por un motivo obvio: si se quería incrementar la riqueza de la nación era preciso conocer sus características geográficas. En este sentido, una de las citadas utopías españolas (*Antenor*) reflejaría tal preocupación al señalar como “una de las más útiles instrucciones de un rey y de un príncipe es conocer el pueblo que ha de gobernar, y el reino y provincias a cuya prosperidad debe atender. Ni conocerá ni hará prosperar a sus estados si no ve con sus propios ojos las provincias y ciudades que están a cargo de su gobierno, y los terrenos que son el erario perene e inagotable del Soberano y de sus vasallos. Contribuye a esto el conocimiento y vistas de sus pueblos y provincias, para granjear mayor confianza y amor de sus súbditos”[41].

Conocer el territorio (bien mediante mapas, bien mediante informes o memorias) supuso reorganizar la administración. Reclamando Campomanes la necesidad de colonizar, lo que no hizo fue asumir -como había señalado Cantillon en su *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*[42]- las diferencias que debían darse entre villas, ciudades y ciudades capitales ni valoró -como propusieran otros economistas de la época- establecer -en la colonización de amplias zonas- una estructura jerárquica caracterizada no tanto por el tamaño de la población cuanto por las dotaciones y equipamientos asignados a cada una. Aparece así, como tema de investigación inédito, el posible contraste entre el pensamiento colonizador de Campomanes con la obra de Olavide y, a su vez, la de este con los ingenieros militares y/o arquitectos que trazaron las citadas Nuevas Poblaciones. Señalo esto porque convendría tener presente el dato que diera Reeder cuando, al comentar las traducciones de textos económicos en la España de aquellos años, atribuía la traducción de los *Elementos de comercio* de François Veron de Forbonnais a Carlos Lemaury, ingeniero y Teniente Coronel en 1765, fecha que coincide con la estancia de Lemaury en Andalucía y que también coincide con los primeros estudios para colonizar la zona de Espiel[43]. Pese a todo, en el *Bosquejo* de Campomanes aparecía una idea que se llevaría a la práctica en Sierra Morena: la necesidad, antes de definir la colonización, de levantar un mapa exacto de los despoblados, delimitando extensión, lugares confinantes y calidad de suelo, de forma tal que quien proyectara dicha colonización lo hiciera teniendo en cuenta la realidad geográfica.

Reflejando las ideas esbozadas por Mirabeau, Condillac o Cantillon, la influencia de estos economistas -como estudió Fabián Estapé al valorar el papel de Jovellanos como traductor de Cantillon- se hizo evidente en el medio cultural sevillano del que Olavide formaba parte. “Para Samozá, el discurso sobre el estudio de la economía civil de Cantillon es una traducción, probablemente extractada de alguna obra que Jovellanos leyó durante su estancia en Sevilla, mientras desempeñaba el cargo de Alcalde del Crimen y es miembro activo de la tertulia de don Pablo de Olavide, intendente y repoblador de Sierra Morena”. Cantillon entendía el mercado -en una población- como generador del núcleo urbano al entender que la importancia y relevancia de una población venía dada por el número de propietarios de tierras que residieran en ella. En consecuencia, el problema radicaba tanto en decidir dónde situar la aglomeración como en fijar la distancia idónea entre lugar de labor y mercado: y en la creencia que una cierta igualdad espacial y una moderada dispersión eran beneficiosas, aconsejaba dispersar las capitales de provincia lejos de la Capital-Corte.

En el *Fuero* se habían fijado las pautas a seguir en la elección el lugar, determinando donde establecer los núcleos dependientes de ella: en un primer momento se apuntó la conveniencia de colonizar los despoblados próximos a los caminos reales, por las ventajas que tal ubicación suponía en el comercio de frutos. Frente a lo que fuera la “cultura urbana” de los años sesenta en la *Cartas* Olvide daba un paso atrás: cierto que para las dos escuelas propuestas reclamaba la presencia de maestros, buscando así reconciliarse con la Inquisición conforme a lo expuesto en los tres primeros tomos del *Evangelio*: pero que en el cuarto tomo propusiera una colonización no solo distinta a la experiencia de Sierra Morena y Nueva Andalucía (diferente tanto en la escala de intervención como en el proyecto político que aquella experiencia relejara) sino próxima a la que en los comienzos del siglo formulara Belluga hace ver cuánto las poblaciones de Sierra Morena y Nueva Andalucía -por sus específicas características geográficas, económicas y urbanísticas- tuvieron que ser trazadas por alguien poseedor de saber y una técnica específica.

La utopía frente a la realidad española en la segunda mitad del XVIII

Frente al mito sobre la fundación de ciudades imaginadas no olvidemos la realidad española y, sobre todo, las actuaciones en una América hispana entendida no como lugar de experimentación de un nuevo tipo de comunidad sino como espacio económico concebido a una escala -y esa fue la gran novedad- nunca hasta entonces planteada en Europa. Entre el

Descubrimiento y los años de las independencias, la América Hispana vivió un doble fenómeno: el de la conquista y el de la colonización. Si hasta 1580 se fundaron -a pesar de las muchas guerras que España viviera en Europa- 230 ciudades, cifra que en 1630 alcanzaba la de 330 (lo que corresponde a un ritmo de tres ciudades por año)[44] y la documentación de archivo sugiere que el número de pueblos fundados en aquellos años fue superior al doble de la última cifra mencionada, a partir de 1750 -y desde la voluntad por fomentar el comercio entre América y metrópoli- la política de conquista dio paso a una política de colonización.

Se propuso una ordenación territorial que -por su escala de intervención- muchos consideraron absurda sin comprender que respondía a un proyecto económico concreto y preciso, formulándose opciones tan dispares como la concebida por José Gálvez en Nueva España al establecer una línea de frontera -entre Florida y California- compuesta por conventos franciscanos y presidios; la efectuada en el Golfo de México, al actuar al unísono sobre distintas poblaciones con objeto de consolidar el puerto (y el nuevo arsenal) de La Habana como lugar de reunión de la Flota de Indias en su travesía hasta España; canales (en el norte de Nueva Granada) que buscando unir el Atlántico con el Pacífico (ejemplo de los fueron tanto el denominado Canal del Dique -“urbanizando” el Río Magdalena- como construir -en el Istmo de Panamá- un canal aprovechando el acceso desde el Atlántico al Gran Lago Nicaragua...). De las mencionadas, algunas realizaron, otras se realizaron parcialmente y otras quedaron en el papel: pero no olvidemos la pretensión de Thurriegel de llevar 6000 colonos alemanes a Texas, para poblar un territorio perteneciente al Virreinato de Nueva España como tampoco ignoremos la que expusiera Pierre Agustin Caron de Beaumarchais para llevar, también en la América hispana, familias canarias y asentarlas en zonas despobladas.

Diferenciar la utopía de propuestas viables para la construcción de una nueva realidad se convirtió en el gran tema de finales del XVIII, obligándonos a distinguir la descripción de un país fantástico de las recomendaciones económicas formuladas sobre cómo ordenar un territorio. Ciertamente que en el primer tercio del siglo XVIII se habían presentado numerosas “memorias, proyectos, advertencias, avisos, sugerencias...” tendientes a modificar la realidad económica del país, pero fueron ideas (que de manera afortunada serían calificadas como “proyectismo como género”[45]) que nunca se formalizaron y jamás se redactaron con pretensión de ser llevadas a la práctica, característica que sí define los antes citados en la segunda mitad del siglo.

La voluntad por incrementar la riqueza de la nación se reflejó en la *Ley Agraria* de Jovellanos al proponer tanto fomentar la construcción de caminos y canales -con objeto tanto de abaratar coste y así favorecer el transporte de mercancías- como -buscando incrementar la velocidad del tráfico de la moneda- sugirió aumentar el número de mercados o, lo que es lo mismo, colonizar las zonas despobladas del país. Canales (o caminos) y colonización se concibieron desde criterios económicos, a diferencia de la proyectada Colonia Militar Fernandina, trazada en 1803 (capaz para 100.000 soldados) y ubicada en Alcalá de Henares, siguiendo el modelo de las ciudades napoleónicas construidas en esos años en Francia. Su impreciso diseño choca tanto con el pragmatismo de un León del Arroyal quien, en su Carta IV de las dirigidas al Conde de Lerena, proponía la reordenación territorial del reino como con la pretensión por construir un canal que, desde Reinosa llegara -a través de Tierra de Campos- a Valladolid, enlazara con el Guadarrama, luego con el Manzanares, a su vez con el Henares y, en Aranjuez, se bifurcara en dos tramos: uno, aprovechando el Tajo, debería llegar a Lisboa y el segundo, mediante un complejo sistema de presas, permitiría alcanzar Córdoba y llegar a Sevilla, entroncando con un Guadalquivir navegable. La escala de aquel canal pudo parecer un sueño y Cádiz la ridiculizaría en sus *Cartas Marruecas*, pero no olvidemos que determinados tramos (Canal de Campos o el Canal del Manzanares) fueron construidos y puestos en uso.

Si la propuesta de Thurriegel de llevar colonos a América se había planteado sin que la Corona hubiera previamente reflexionado sobre dónde asentar aquellos nuevos pobladores, cuando al poco el mismo aventurero alemán ofreció llevar a Sierra Morena campesinos alemanes su interlocutor había adquirido un Saber y una Técnica que se reflejó primero en su capacidad para decidir dónde ubicar la capital de dichas nuevas poblaciones, dónde las subintendencias y cuántas, dónde las villas y dónde las aldeas... detallando los diferentes programas dotacionales. La diferencia entre la primera oferta y la segunda era clara: si Thurriegel propuso ocupar en América un indefinido territorio, en Sierra Morena el responsable (fuera éste ingeniero o arquitecto) visitó y dibujó -previo a cualquier trazado - el irregular espacio situado en las laderas de la Sierra, desechando la aplicación de una imprecisa cuadrícula al tener que -al proyectar en valles situados en zona montañosa- era preciso detallar no tanto el perímetro de la actuación cuanto sus límites, evitando que hubiera parcelas dispuestas en escarpadas laderas, lo que haría imposible el aprovechamiento de aquellas tierras.

No solo se aprobó la llegada de inmigrantes alemanes para que repoblaran dichas zonas sino que se difundieron nuevas técnicas agrarias, llegando al punto que desde publicaciones como *El Semanario de los Párrocos*[46] se buscó que la Iglesia instruyera a sus feligreses sobre temas de agricultura. Y frente a quienes entendían por “colonización” fundar un impreciso número de poblaciones diseminadas arbitrariamente en un área despoblada, Sierra Morena y Nueva Andalucía se concibieron acordes a un rígido modelo territorial donde primero se delimitó la zona de actuación y luego, de acuerdo con la zona escogida, se procedió a dividir a en parcelas de 50 fanegas. Se fijaba tanto el número de quienes podían establecerse como se organizaba el territorio disponiendo en su centro la Intendencia (o Capital), a determinada distancia -en una corona equidistantes- cuatro subintendencias; a distancia precisa de cada una de éstas -y también en otra corona- las villas y, de igual modo, las aldeas. Se asignaba así a cada uno de los tipos mencionados no sólo una población máxima (indicándose la conveniencia de no permitir superaran determinada población) sino que se precisó los equipamientos y dotaciones que debían existir en cada uno: y valoro que tales aspectos influyeron en la ordenación espacial concebida en *Sinapia*.

Sinapia, reflejo de propuestas para la ordenación del territorio en la España de finales del XVIII

¿Por qué este largo excursus? La razón es evidente: si en *Sinapia* la ordenación del territorio se había afrontado desde supuestos cualitativos (diferenciado el programa de necesidades de las villas, ciudades y metrópolis) ello nunca pudo ocurrir antes de 1760. Paralelamente, la escala de intervención (entender Sinapia como una Nación y no como una ciudad) tampoco se pudo plantear antes de la fecha señalada; pero hay más: no solo la lectura de *Sinapia* evidencia un conocimiento técnico ajeno por completo a las utopías españolas redactadas durante la primera mitad del XVIII sino que la frase (varias veces repetida sobre la ausencia de “lo mío y lo tuyo”) lejos de entenderse desde la cita bíblica tal como aparecieran en Pascal (“*C'est là ma place au soleil*”: *voilà le commencement et l'image de l'usurpation de toute la terre*) o Rousseau (*Le premier qui ayant enclos un terrain s'avisa de dire: “ceci à moi”, et trouva des gens assez simples pour le croire, fut le vrai fondateur de la société civile*) obliga a relacionarlo con textos donde la referencia a la propiedad privada se tratara de manera específica. Ciertamente la comunidad de bienes fue tema tratado en numerosos libros de viajes o relatos fantásticos: pero mientras en *L'Île inconnue ou Mémoires du chevalier Des Gastines* el orden social se describía desde supuestos fisiocráticos[47] en *Sinapia*, por el contrario, la intención fue tanto desacralizar como precisar cuál debía ser la nueva estructura, sobre todo cuando claramente se expresa la renuncia que se hace a la ficción, su consciente ruptura respecto a relatos fantásticos y su decidida vocación por dejar claro el carácter programático del texto. Resulta pues que la relación entre el *Code de la Nature* de Morelly y el manuscrito español resulta obligada, máxime al recordar lo señalado en *Sinapia* “allí todo se orienta a vivir templada, devota y justamente en este mundo, aguardando la dicha prometida con la venida gloriosa de nuestro gran Dios para lo cual ningunos medios son más a propósito que la vida en común, la igualdad, la moderación y el trabajo”[48].

Morelly planteó el *Code de la Nature* desde su intención por establecer un nuevo orden social; si la mayoría de las utopías que conocemos omitían referirse al régimen jurídico-administrativo de aquellas Repúblicas, tanto en el *Code* como en *Sinapia* ocurre lo contrario: y al definir en ambas un complejo sistema de organización social, aparece la necesidad de afrontar una “correcta” división administrativa del país. Desde el impreciso rechazo del lujo común en la mayoría de las utopías que conocemos, la nueva sociedad solo era factible si su gobierno se asumía la *saine philosophie*, reflejo de unos principios claros de la economía política. Publicado el *Code* en el mismo 1755 en que también apareciera el *Discours sur l'Origine et les Fondements de l'inégalité parmi les hommes*, lo singular en Morelly no fue tanto que condenara la propiedad privada cuanto que estableciera las *...trois lois fondamentales et sacrées qui couperaient racine aux vices et à tous les maux d'une société*: supresión de la propiedad privada, sistema de gobierno tal que todo ciudadano fuera hombre público y, por último, participación del ciudadano en las tareas relativas al bien común. Pese a diferenciar las leyes fundamentales y sagradas de las distributivas o económicas, agrarias, edilicias, policía, suntuarias, conyugales... consciente de la imposibilidad de aplicarlas, señalaba *...je donne cet esquisse de Loix par forme d'Appendix, et comme un hors-d'œuvre, puisqu'il n' malheureusement que trop vrai qu'il seroit comme impossible, de nos jours, de former une pareille République*. En este sentido, su 2ª ley económica precisaba como *...chaque Tribu sera composée d'un nombre égal de Familles, chaque Cité d'un nombre égal de Tribus* comentario similar a los expresados en *Sinapia* y su 3ª ley económica, al referirse al crecimiento de la Nación, apuntaba como *...a mesure que la Nation croitra, les Tribus, les Cités seront augmentées à proportion; mais seulement jusqu'à ce que de cette augmentation, on puisse former de nouvelles Cités aussi nombreuses que les autres*. Quedaba claro en la 11ª ley económica -como figurara en *Sinapia*- que *...rien, selon les Loix sacrées, ne se vendra, ni ne s'échangera entre Concitoyens*; por otra parte, en lo tocante a las leyes agrarias, la primera de ellas precisaba que *...chaque Cité aura son territoire le plus ensemble et le plus régulier qu'il sera possible, non en propriété, mais suffisant seulement pour la subsistance de ses Habitans* del mismo modo que la 3ª destacaba *Tout Citoyen, sans exception, depuis l'âge de vingt ans, jusqu'à vingt-cinq, sera obligé d'exercer l'Agriculture, à moins que quelque infirmité ne l'en dispense*[49].

El nexo entre el *Code* y el manuscrito español se encuentra tanto en las leyes económicas como en las edilicias o en las agrarias: así, al describir la imagen urbana, indicaba qué edificios debían de disponerse alrededor de las plazas, las características del límite urbano, el espacio que deberá ocupar cada tribu y el destinado a cada familia. La citada ley económica sería casi literalmente retomada en *Sinapia* y los comentarios sobre la obligatoriedad que todos dedicaran parte de su tiempo a la agricultura fue también, como he señalado anteriormente, idea expuesta en el texto español. El estudio comparativo de las leyes dadas en uno y otro texto muran la sintonía existente si bien la diferencia entre ambas aparece al detallarse el papel que los sacerdotes deben jugar en una y otra (ausentes en el *Code*, presentes y omnipotentes en *Sinapia*) lo que sólo se explicaría (como ocurriera en las *Cartas de Martiano a Antonio*) por el temor que la Inquisición impusiera al autor español.

Queda claro que *Sinapia* no pudo ser escrita en 1682 ni tampoco durante el reinado de Felipe V sino, cuanto menos, a partir de 1755, fecha de la publicación por vez primera del *Code de la Nature* de Morelly; por otra parte, Cantillon y Forbonnais habían sugerido en sus trabajos sobre el comercio de trigo una estructuración cualitativa del territorio, fijando características precisas en cada una de las categorías urbanas definidas y, asumiendo lo señalado, Lemaire proyectaba para todas las poblaciones de Sierra Morena, dos únicos tipos de viviendas, unas destinadas a comerciantes y otras a colonos. Considerando tanto la escala en la intervención descrita en *Sinapia* como el quiebro que supuso aquella experiencia respecto a colonizaciones anteriores, no es plausible que el texto fuera redactado antes de 1769, fecha en que se proyectaron las Nuevas Poblaciones. Pero un dato apunta cuanto la redacción de *Sinapia* tuvo que producirse a partir de 1785.

Sabemos que desde Fenelon -y replanteada luego por el marqués de Argenson, Turgot, Le Trosne o Condorcet- durante el XVIII se produjo en Francia un fuerte debate sobre la necesidad de reformar la división territorial del país. A finales de la década de los ochenta, el clima político existente en aquel país era de máxima tensión: en primer lugar, una coyuntura económica negativa sumergía a las clases urbanas populares y a los campesinos en la miseria; luego, porqué al producirse la “revuelta de los privilegiados” liderada por la nobleza de toga -opuesta a las reformas fiscales de los sucesivos ministros de Louis XVI la consecuencia tuvo efecto contrario al pretendido. Buscando dar solución al caos en que se encontraba el fisco estatal, se convocaron los Estados Generales (por vez primera, recordémoslo, en 150 años) acudiendo los Tres Estados con los llamados *Cahiers de doléances*, memoriales en los que cada circunscripción con capacidad para elegir diputados expusieron sus peticiones y quejas. (Figura 5) A la Asamblea iniciada el 5 de mayo de 1789 se presentaron en torno a 60.000 de

aquellos “cuadernos de agravios”, trasluciéndose las diferencias existente entre las distintas regiones, ciudades o villas (no solo en costumbres, tradiciones, pesos, medidas o leyes de propiedad sino en privilegios y fueros) lo que influyó, tras los sucesos revolucionarios de julio de 1789, en la voluntad política por unificar el país[50].

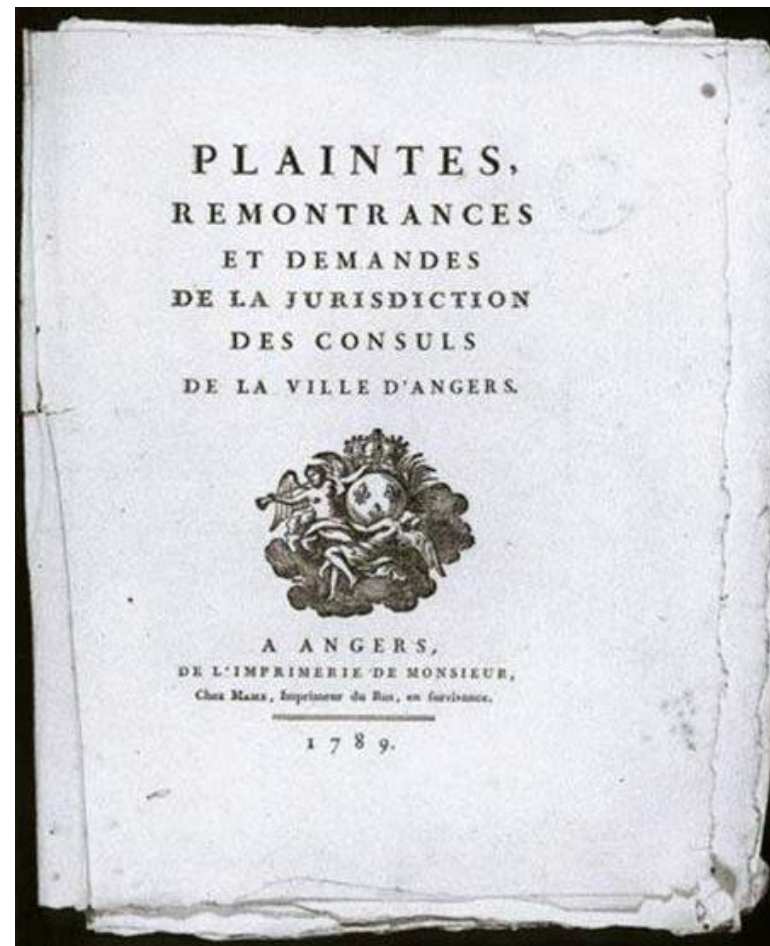


Figura 5. *Cahiers de Doléances. Plaintes, Remontrances et Demandes de la Jurisdiction des Consuls de la Ville d'Angers. Angers, 1789.*

La organización territorial francesa previa a la Revolución era confusa por cuanto las circunscripciones administrativas, militares, eclesiásticas, judiciales o fiscales no se correspondían. Frente a aquella heterogénea situación algunos denunciaron -como hiciera Diderot en su *Suplement* al viaje de Bougainville, redactado en 1772 pero publicado sólo en 1796- los vicios de una sociedad corrompida: por ello en la noche del 4 de agosto de 1789 la Asamblea Constituyente encargada de redactar tanto la Constitución como la Declaración de los Derechos del Hombre reaccionó ante quienes pretendían mantener viejos privilegios señoriales, aboliendo tanto las prebendas de la aristocracia como suprimiendo los fueros feudales de determinadas poblaciones. Buscando la igualdad entre las regiones (o es, buscando resolver el problema de la representación popular) quedó constituida una primera Comisión que propuso a la Asamblea un *Rapport sur l'établissement des basses de la représentation proportionnelle*. Y tomando como punto de partida los trabajos elaborados en 1780 por el geógrafo militar Robert de Hesseln[51] al llevar una trama ortogonal al mapa de Francia, dividiendo el territorio en cuadrículas de 18 por 18 leguas para luego subdividir as -al de nuevo aplicar una retícula de

orden menor- a cada una de las anteriores “comunas”, proponía a su vez trocear mediante el mismo procedimiento las anteriores, configurando así los “cantones” (Figura 6 y Figura 7).

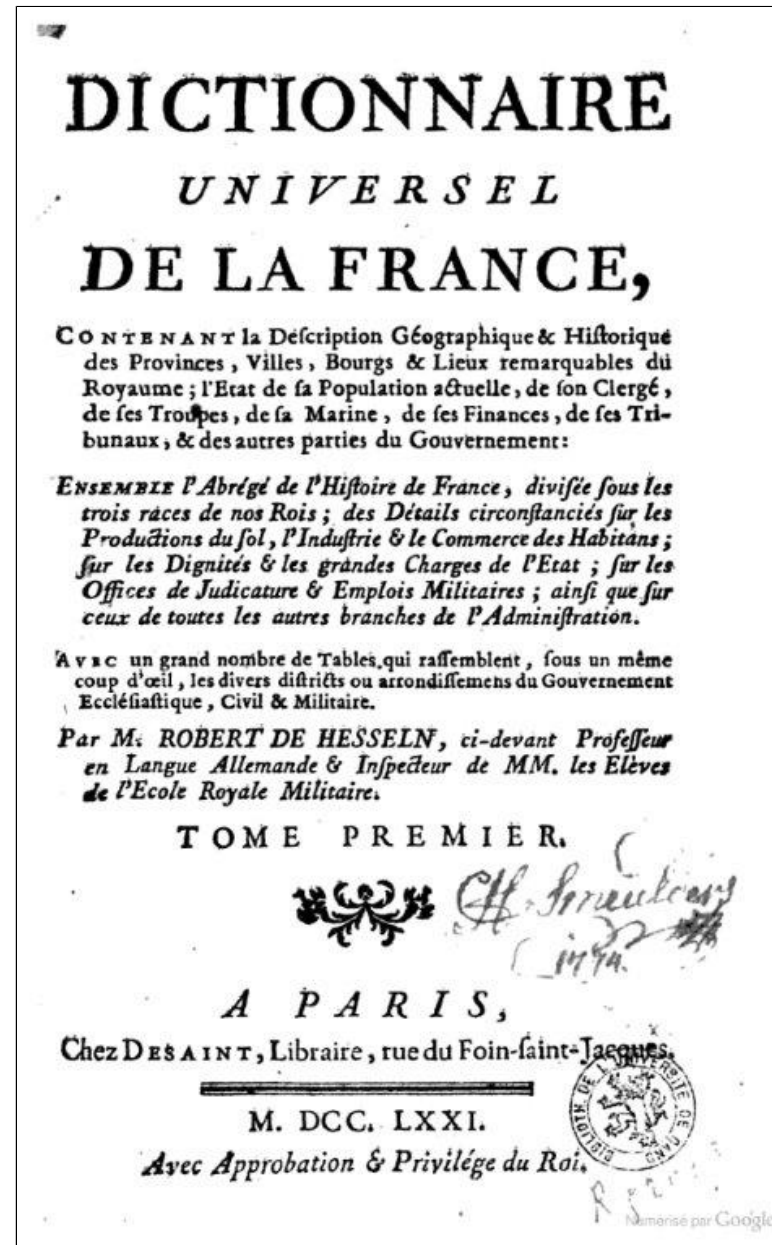


Figura 6. Robert De HesselN. *Dictionnaire Universel de la France*. Paris, 1771.

La historia de cuanto luego sucedió ha sido estudiada[52]: importa destacar que tanto la España de la segunda mitad del XVIII como la América hispana habían vivido una primera reforma territorial que culminó en la implantación del sistema de intendencias así como en la redistribución social del Poder. Se efectuaron aquellas reformas buscando la Corona incrementar su control político y fiscal sobre el territorio a costa de la vieja aristocracia laica y eclesiástica que -en virtud de caducados privilegios de conquista y colonización- ostentaba todavía el señorío jurisdiccional sobre amplias partes de la monarquía. Se daba el caso (como ha señalado Burgueño al estudiar las intendencias en los años finales del XVIII) que Aragón tenía 44.650 km² mientras que Guipúzcoa contaba con solo 1.997 km²[53] lo que hizo que León del Arroyal señalara, en la ya citada Carta IV al Conde de Lerena, como “el mapa general de la península representa cosa ridícula de unas provincias encajadas en ángulos desregularísimos en todas partes capitales situadas en las extremidades de los partidos, intendencias extensísimos y intendencias muy pequeños, obispados de cuatro leguas y obispados de setenta, tribunales cuya jurisdicción apenas se extiende fuera los muros de una ciudad y tribunales que abrazan dos o tres reinos”[54]. Pero había más: a la desproporción y heterogeneidad de las provincias había que añadir la coexistencia de múltiples regímenes jurisdiccionales -el consabido solapamiento de competencias- de manera tal que en el *Nomenclátor* elaborado en 1785 por orden de Floridablanca llegaban a identificarse hasta 30 modalidades administrativas diferentes[55]. “Las provincias, en el estado en que hoy las tenemos, no las formó la presión de la economía sino las casualidades de la guerra. Las capitales se eligieron en las ciudades sin considerar las ventajas de su situación y los pueblos se les agregaron a proporción de las conquistas sin tener presente otro respecto de la comodidad de las defensas”[56]. La crítica a la situación administrativa descrita en el *Nomenclátor* era, en la España de 1785, generalizada, destacando los comentarios que Isidoro de Antillón (luego activo diputado en las Cortes de Cádiz) hiciera sobre aquel mapa de intendencias, calificándolo de “irracional, anacrónico, desproporcionado, irregular o monstruoso”[57]. Y así constatamos cuanto *Sinapia* reflejó el debate sobre la división administrativa que caracterizó la década de los años ochenta, coincidiendo con la formulada por Hessel en la Francia de 1780 y recogida por Sieyes y Thouret: lo cual, entre otros temas, nos llevaría a cuestionar sobre la eficacia del “cordón sanitario” impuesto por Floridablanca tras la revolución en Francia.

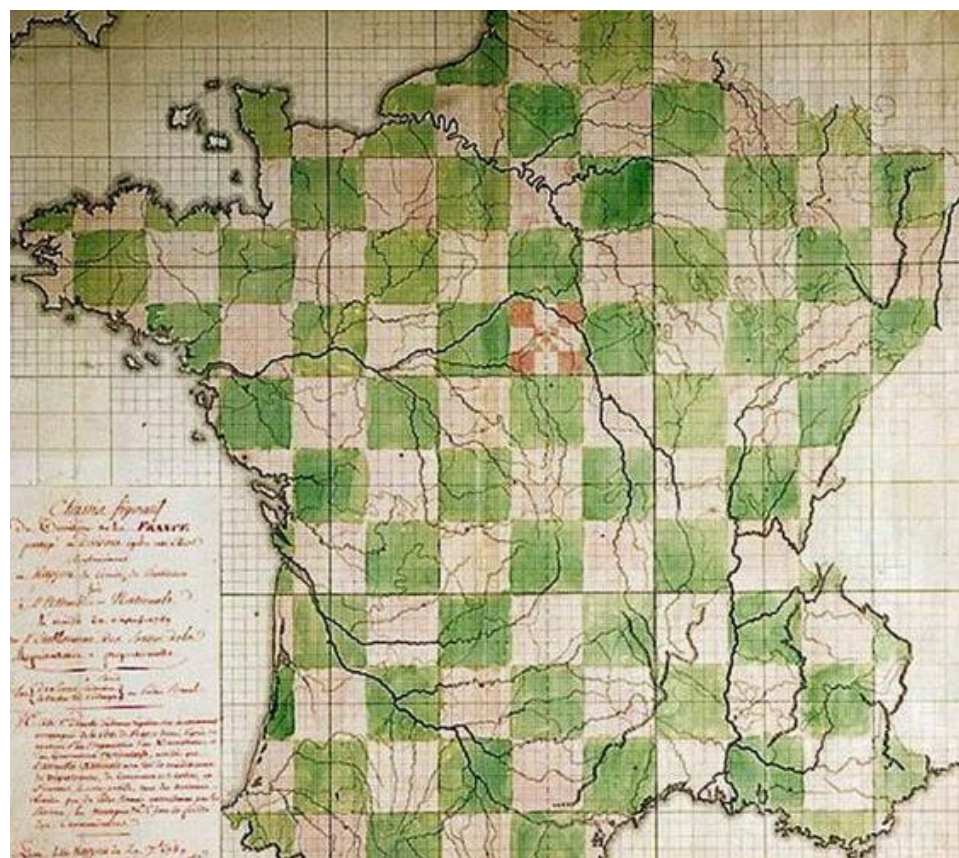


Figura 7. Robert De Hessel. *Châssis figuratif du territoire de la France partagé en divisions égales entre elles (...)*, 20 septembre 1789, Paris.

¿La autoría de *Sinapia*? Lejos de mi hacer conjeturas: si por una parte resulta evidente que se trata de un texto con contradicciones (como lo prueba el muy distinto tratamiento que concede a la Iglesia respecto al que Morelly asignara a idéntica cuestión) también es evidente que refleja un conocimiento de la técnica, de los problemas -y de los debates- económicos que caracterizaron los años finales del XVIII, lo que permite afirmar que *Sinapia*, a diferencia de los relatos de aventuras, se redactó como manifiesto político donde se propusieron reformas y cambios reflejando su autor conocer bien la cultura política de finales del XVIII. *Les utopies ne sont souvent que des vérités prématurées* señalaría Lamartine a lo que cabría señalar como *la valeur et l'importance d'une utopie dans le présent dépendent de sa «vérité», c'-à-dire de sa capacité de prévoir l'avenir*. ¿Creemos sinceramente que un texto sedicentemente concebido en 1682 fue capaz de prever con detalle lo que sucedería en 1789? Particularmente, y a riesgo de equivocarme, lo dudo y considero que la voluntarista atribución de Cro carece de base por cuanto la cultura de una época es efímera, de donde la trascendencia de estudiar el *Zeitgeist*. Cabría justificar los comentarios a la educación y a la Iglesia recordando el generalizado temor a la Inquisición, entendiéndose ambos aspectos como claudicación que supuso -en un salto atrás en el tiempo- “pactar” en las cuestiones que la Iglesia (es decir, la Inquisición) creía suyas: pero difícilmente puede argumentarse -como ha hecho Cro- que el manuscrito fue capaz de intuir lo que ocurriría mas de cien años después de haber sido escrito, anticipando preocupaciones y soluciones cuando el debate sobre el concepto de nación se simultaneó con el malar social existente, malar que se haría patente en la dialéctica entre “economía moral” y “economía social”.

Por lo mismo, sería absurdo afirmar que un manuscrito -por su nula difusión- influyó de manera determinante en la cultura de la época: pero lo que sí parece evidente es que *Sinapia* fue reflejo de preocupaciones comunes en los años en que fue redactada y su valor utópico (en el sentido que buscaba predecir un futuro) se hace evidente al confrontarlo con la que José Antonio Llorente propusiera -en plena Guerra contra el francés-en su *Reglamento para la Iglesia Española*[58] al recomendar a José I aspectos tan concretos como hacer conforme la división la civil de España a la administrativa, indicando la conveniencia de disponer en cada capital de provincia un tribunal de apelación y arzobispo, prefecto y comandante y destacando como en cada capital de departamento debería residir un tribunal de Primera Instancia, obispo, subprefecto y subcomandante, detallando como en cada capital de obispado o departamento, un hospital/casa de expósitos/casa de caridad y casa de educación niños pobres.

La sugerencia del afrancesado Llorente sobre la división administrativa de España fueron similares a la organización que Francisco Amorós presentó al mismo José I -como ha estudiado Rafael Fernández Sirvent[59]- cuando, tras el encargo recibido en noviembre de 1808, propuso homogeneizar las diferencias internas de tamaño y población existentes en el viejo mapa político, sugiriendo fragmentar los antiguos reinos y principados en unidades equilibradas al tiempo que sugería diluir las identidades locales o regionales históricas. Reclamando fortalecer la cohesión e integración nacional de los nuevos estados, en su lógica la partición espacial debía realizarse buscando la unificación política, sustentando la idea de nación en la reorganización de la malla político-territorial. Su informe -localizada en el Archivo de José I depositado en los Archives Nationales de París y publicada, insisto, por Fernández Sirvent-suponía definir 38 departamentos, integrados cada uno por un máximo de 300.000 habitantes, acorde con lo expuesto poco antes en el Estatuto de Bayona al señalar “los diputados de las provincias adyacentes de España serán nombrados por estas a razón de un diputado por 300.000 habitantes poco más o menos”[60]. Y si tal proyecto nunca fue aprobado, no ignoremos que el mismo sirvió de base (por ejemplo, la existencia de 38 demarcaciones) a José María de Lanz y Zaldívar en su Memoria de 1809.

Sinapia, ¿capaz de intuir las propuestas de los afrancesados? Quizá sí, pero solo si aceptamos que Llorente, Amorós o Lanz y Zaldívar buscaron aplicar en España las opiniones expuestas en la Asamblea Constituyente francesa. Por otra parte, conviene no olvidar que al generalizarse tales supuestos, casi veinte años más tarde eran ya lugar común de quienes se interesaban por la economía política: y prueba de ello es que el 18 de agosto de 1812 Agustín de Argüelles presentaba en las Cortes de Cádiz su Constitución territorial de España abriendo el debate sobre el “territorio de las Españas” y recogiendo su artículo 10 las opiniones de quienes -ante la realidad plural y compleja del territorio peninsular -contrastes demográficos, fragmentación y diversidad del medio físico, así como de las culturas y tradiciones institucionales...- desaconsejaron (pese a conocerla) toda solución geométrica y uniforme[61].

De alguna forma una frase, aquella con la que Pedro Montegón iniciaba su fantástico relato sobre el viaje de Antenor, sirve para comprender cuál fue la intención de *Sinapia* “La tradición no siempre es verdadera. Las noticias difundidas entre los pueblos sobre su origen son, comúnmente, partos de la rusticidad y superstición de los tiempos en que fueran concebidas. Todos los pueblos quisieron sacar su origen de las nubes. La vanidad, exaltada por la ignorancia, afeó así el principio de la mayor parte de las historias.” Recordando al Nietzsche de Aurora cuando apuntaba como “las cosas que duran largo tiempo se embeben progresivamente de razón, al punto que se hace inimaginable tengan su origen en la sinrazón” es como *Sinapia* -de quien no sabemos autor y desconocemos fecha precisa en que fue redactada- quizá sea el primer esbozo de lo que luego otros, muy pocas décadas más tarde, definirían como “la invención de la nación”.

Notas

* El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “Historia de la historia de la arquitectura española” (HAR2011-23474) del Ministerio de Ciencia e Innovación.

[1] Cejudo López, 1975; Cro, 1975; Cro, 1980; Avilés, 1976. Sin duda un esclarecedor trabajo sobre el urbanismo a gran escala en la segunda mitad del XVIII es el editado por Fraile, 2012.

[2] López, 1981, p.205-211; López, 1982, p.211-221 López, 1990, p.13.

[3] Aymes 1983, p. 9-48.

[4] Cro, 1975 p.65.

[5] Cro, 1975 p.67.

[6] Foucault 1971 p.71-72.

[7] Wijngaarden, 1932.

[8] Marin, 1973, p.254.

[9] Coyer, 1768.

[10] Cro, 1975 p.11-12.

[11] Al someter el texto a evaluación, quien ha valorado el trabajo ha señalado, acertadamente, como “no es una cuestión relevante, pero al referirse a la subdivisión de Sinapia se habla de “cuatrocientos cuarenta y un partidos” lo cual sería correcto siguiendo las operaciones matemáticas propuas por el autor anónimo de la utopía pero, como ya señaló Avilés, éste incurrió en un error y habla sólo de trescientas cuarenta y una. Sobre la cita, Febvrb, 1962, p. 736-742.

[12] Cro, 1975 p.31.

[13] Anderson, 1993, p.23-24.

[14] Turgot, 1751; Le Trosne, 1779; Condorcet, 1788.

[15] Cro, 1975 p.13.

[16] Cro, 1975 p.14.

[17] Cro, 1975 p.15.

[18] Cro, 1975 p.16.

[19] Dudot, 1977; Harouel, 1993.

[20] Extraña las referencias que hace Cro (op.cit, 1975, p.75, n.24) señalando que en México los aztecas habían construido varias pirámides, ignorando que el primer udio solo la ar-quitectura mexicana solo sería publicado en 1804 por el jesuita expulso Pedro Márquez.

[21] Cro, 1975 p.17.

[22] Cro, 1975 p.32 y 44.

[23] Cro, 1975 p.54.

[24] Cro, 1975 p.54.

[25] *Lettres édifiantes et curieuses* ; Rozier, 1786.

[26] De Lisle de la Dre-vetière, 1721; Cadal-so, 1789.

[27] Álvarez de Miranda, 1981; Versins, 1972.

[28] Arroyal 1784 Carta IV, ed.1968, p.160.

[29] Montegón, 1788, La profecía del adivino Chri-somis aparece en t.II, p.235 así como en p.247 y el relato sobre la fundación de la nueva ciudad en el mismo tomo, p.379.

[30] Rejón y Lucas, 1781. Relato de aventuras con notas morales: el protagonista, que después de diversos sucesos llega a Fortunaria, capital de una isla, permanece en la misma varios meses pese a lo cual no comenta nada de lo que ve: ni en p.167 describe la ciudad; ni en p.196 facilita imagen urbana de “la Encrucijada, el punto más famoso de este pueblo”; ni comenta tampoco en p.199 como es el Teatro, no dando noticia (p.209) de como son las cárceles, el Hospital (p.251) el Tribunal o Senado de los Moderados (p.235) ni da información alguna (p.253) sobre el Paseo de las atuas.

[31] Valladares 1790. p.61-84. La referencia sobre Calístomos aparece en p.66; la descripción del valle localizado, en p.72.

[32] Caso González 1989. La cita aparece en el discurso LXXV, p.135.

[33] Nieva de la Paz, 1990, p.79-94; Poivre, 1768.

[34] Olavide, 1799.

[35] Olavide. 1799 tomo IV, carta XXXVII, p.162.

[36] Defourneaux, 1959. Dufour, 1990, p. 73-78; Dufour, 1965 y Dufour 1985, p. 11-25.

[37] Olavide. 1799 tomo IV, carta XXXVII, p.162.

[38] Campomanes, 1984, p.161.

[39] Campomanes, 1984, p.164.

[40] Campomanes, 1761; sobre el Diccionario Geográfico de España ver López y Manso 2006.

[41] Montegón. 1788 t.1, p.234.

[42] Cantillon, 1755. El tercer capítulo se titula De los pueblos; el cuarto *De los burgos* y los siguientes son *De las ciudades* y *De las ciudades capitales* donde explica el motivo por el que se constituyen las ciudades, y que no es sino el asentamiento en ellas de terratenientes y criados.

[43] Reeder, 1973, p.57-71 así como Reeder 1978, p.47-70 .Instrucción y Fuero de Población 1767, La Instrucción abarca compuesta por 79 puntos en los que se detallaban las características de la colonización.

[44] Teran, 1989.

[45] Muñoz Pérez, 1955, p.169-195.

[46] *Prensa agraria en la España de la Ilustración*. 1980.

[47] *Voyages imaginaires, romanesques*, 1787.

[48] Isaias, 1,26. Blaise “Mien, tien. «Ce chien à moi, disaient ces pauvres enfants; c' là ma place au soleil.» Voilà le commencement et l'image de l'usurpation de toute la terre ” en *Pensées de M.Pascal sur la Religion et sur quelques autres sujets*. capítulo XXXI, 1670.; Rousseau, *Le premier qui, ayant enclos un terrain, s'avisó de dire : Ceci à moi, et trouva des gens assez simples pour le croire, fut le vrai fondateur de la société civile. Que de crimes, que de guerres, de meurtres, que de misères et d'horreurs n'eût point épargnés au genre humain celui qui, arrachant les pieux ou comblant le fossé, eût crié à ses semblables : Gardez-vous d'écouter cet imposteur; vous êtes perdus, si vous oubliez que les fruits sont à tous, et que la terre n' à personne*. 1755; Morelly, 1755.

[49] Morelly, 1975 p.190, 191, 192, 194-195, 196.

[50] Whitcombe, 1898; Robin, 1977.

[51] Hesseln, 1780; Hesseln, 1786; Hesseln, 1789. En nombre del primer Comité de la Constitución Lally-Tallendal presentaba en la sesión del 31 de agosto un informe favorable en el que se señalaba *La France será divisé en districts égaux. Dont les chefs-lieux seront déterminés, et qui comprendront, autant que possible, une population de cent cinquante mille âmes*.

[52] Ozouf-Marignier, 1989; Ozouf-Marignier, y Nordman. 1989; Ozouf-Marignier, 1990, p. 35-43 así como Ozouf-Marignier, 1993, p.126-133. Igualmente, Masson, 1984. En nombre del primer Comité de la Constitución, Lally-Tallendal presentaba en la sesión del 31 de agosto un informe favorable en el que se señalaba como “*La France será divisée en districts égaux. Dont les chefs-lieux seront déterminés, et qui comprendront, autant que possible, une population de cent cinquante mille âmes*”.

[53] Burgueño, 1996, p. 311.

[54] Arroyal, op.cit., Carta IV, p.190.

[55] García Álvarez, 2002, p.235.

[56] Arroyal, 1974 Carta IV, p.190.

[57] Antillón, 1808. Ver Capel 1994 p.59-66 y Hernando y Beltrán y Rózpide, 1999.

[58] Llorente, Juan Antonio remitió a Napoleón, en 30 de mayo de 1808, un plan de reorganización de la Iglesia en España (Reglamento para la Iglesia Española) con una nueva reordenación de las diócesis, no solo ajustándolas a criterios civiles y militares sino estableciendo un paralelismo entre las figuras del obispo, el prefecto y el comandante militar, creando un total de 15 prefecturas o arzobispados y 65 prefecturas-obispados. Ver Dufour, 1982 p.19-20 y Dufour 1982, p.13.

[59] Quiero agradecer al Prof Rafael Fernández Sirvent, de la Universidad de Alicante, la ayuda prestada en este trabajo.

[60] Sobre el papel de Amorós en la división territorial de España, ver Fernández Sirvent, 2008 y Fernández Sirvent, 2005.

[61] Argüelles, 1981, título IX, De las Cortes. Art.67.

Bibliografía

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. Sobre utopías y viajes imaginarios en el siglo XVIII español. In *Homenaje a Gonzalo Torrente Baller*. Salamanca: Caja de Ahorros, 1981.

ANDERSON, Benedict. *Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

ANTILLÓN, Isidoro de. *Fragmentos de la geografía astronómica, natural y política de España y Portugal*. Madrid, 1808.

ARGÜELLES, Agustín de. *Discurso preliminar a la Constitución de 1812*. Madrid, 1981.

ARROYAL León del. *Cartas político-económicas al Conde de Lerena*. Madrid, 1784 (Madrid: Ciencia Nueva, 1968).

AVILÉS, Miguel. *Sinapia. Una utopía española del Siglo de las Luces*. Madrid: Editora Nacional, 1976.

AYMES, Jean René. Les ilustrados espagnols de la deuxième moitié du XVIIIe siècle et l'enseignement élémentaire. Etude Comparative. In *École et société en Espagne et Amérique Latine. (XVIII-XX siècles)*. Tours, 1983, p. 9-48.

BLAISE Pascal, *Pensées de M.Pascal sur la Religion et sur quelques autres sujets*. Paris, 1670, cap. XXXI.

BURGUEÑO, Jesús. *Geografía política de la España Constitucional. La división provincial*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1996.

CADALSO, José. *Cartas marruecas*. Madrid, 1789.

CAMPOMANES, Conde de. *Itinerario de las carreteras y postas de dentro y fuera del Reino*, Madrid, 1761.

CAMPOMANES, Conde de. *Bosquejo de política económica española delineado sobre el estado presente de sus intereses*. Ed. Jorge Cejudo. Madrid: Editora Nacional, 1984.

CANTILLON, Robert. *Essai sur la Nature du Commerce en General*. Londres, 1755.

CAPEL SÁEZ, Horacio. Isidoro de Antillón (1778-1814). *Anthropos. Boletín de información y documentación*, 1994, nº 43 Extra (Ejemplar dedicado a: *La Geografía hoy: textos, historia y documentación*), p. 59-66.

CASO GONZÁLEZ, José Miguel. (ed. facsímil, prólogo y estudio preliminar). *El Censor: obra periódica: comenzada a publicar en 1781 y terminada en 1787. Homenaje de la Universidad de Oviedo al rey Carlos III en el bicentenario de su muerte*. Oviedo: Universidad de Oviedo 1989.

CEJUDO LÓPEZ, Jorge. *Catálogo del Archivo del Conde de Campomanes (Fondos Carmen Dorado y Rafael Gasset)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1975.

CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat. *Essai sur la constitution et les fonctions des Assemblées provinciales*. Paris, 1788.

COYER, Abbé. *La découverte de l'isle frivole*. La Haye, 1751.

COYER, Abbé. *Chinki, histoire cochinchinoise qui peut servir à d'autres pays*. Londres, 1768.

CRO, Stelio. *Descripción de la Sinapia, península en la tierra austral. A Classical Utopia of Spain*. Hamilton: McMaster University, 1975.

CRO, Stelio. La utopía en España: Sinapia. *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 1980, nº 2-3, p. 27-38.

DEFORNEAUX, Marcelin. *Pablo de Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*. Paris: PUF, 1959.

DE LISLE DE LA DREVETIÈRE, Louis-François. *Arlequin sauvage*. Paris, 1721.

DUDOT, Jean Marc *Le devoir d'embellir*. Paris: Ministère de l'Équipement et du Logement, 1977.

DUFOUR, Gerard. *Reserches sur El Evangelio en triunfo de Pablo de Olavide*. Paris: Faculté des Lettres, 1965.

DUFOUR, Gerard. *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822)*. Genève: Dorz, 1982.

DUFOUR, Gerard. Le centralisme des afrancesados. In DUMAS, Claude. *Nationalisme et littérature en Espagne et en Amérique Latine au XIXe siècle*. Lille: Université de Lille, 1982.

DUFOUR, Gerard. Le village idéal au debut du XIXe siecle selon El Evangelio en triunfo de Pablo de Olavide. In *L'Homme et l'espace dans la littérature, les arts et l'histoire en Expagne et en Amerique Latine*. Lille: Universito de Lille, 1985, p. 11-25.

DUFOUR, Gerard. Utopie et Ilustración: El Evangelio en triunfo de Pablo de Olavide. In *Las Utopías del mundo hispánico*. Madrid: Casa de Velázquez y Universidad Complutense, 1990, p. 73-78.

DUHAMEL DU MONCEAU. *Tratado de las siembras y plantios de arboles, y de su cultivo*. Madrid: Joachin Ibarra, 1773.

FEBVRBE, Lucien. *Pour une histoire à part entière*, Paris: Sevpen, 1962.

FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael. Un Comisario Regio de José I: Francisco Amorós. *Historia Constitucional*, 2008, nº 9. <<http://hc.rediris.es/09/index.html>>.

FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael. *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna*. Alicante: Universidad de Alicante, 2005.

FOUCAULT, Michel. *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard, 1971.

FRAILE, Pedro. Razon, Ciudad y Territorio: de Sinapia a Valentin de Foronda. *Scripta Nova. Revista Electrónica de geografía y Ciencias Sociales*, 2012, vol. XVI, nº 418 (17). <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-418-17.htm>>.

GARCÍA ÁLVAREZ, Jacobo. *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*. Madrid: Secretaría General del Senado, 2002.

GASTINES des Voyages imaginaires, romanesques, merveilleux, allegoriques, amusans, comiques et critiques suivies des songes et visions et des romans cabalistiques. Ce volumen contient: *L'Isle inconnue, ou Memoires du Chevalier...* Amsterdam, 1787.

HAROUËL, Jean Louis. *L'embellissement des villes. L'Urbanisme français au XVIII^e siècle*. Paris: Picard, 1993.

HERNANDO, Agustín y BELTRÁN Y RÓZPIDE, Ricardo. *Perfil de un geógrafo: Isidoro de Antillón (1778-1814)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1999.

HESSELN, Robert de. *Nouvelle topographie ou description détaillée de la France divisée par carrés uniformes (...) avec le rapport des mesures locales à la toise du Châtelet de Paris...* Paris: Lambert, 1780.

HESSELN, Robert de. *Première Carte de la nouvelle topographie contenant la France divisée en IX régions; ses provinces, ses cours souveraines et le tableau général des carrés ou portions uniformes du terrain employés dans cette description détaillée du Royaume*. Guillaume Delahaye sculps, 1786.

HESSELN, Robert de. *Châssis figuratif du territoire de la France partagé en divisions égales entre elles (...) 29 septembre 1789*. Paris: Centre historique des Archives Nationales, sig. NN/50/6.

INSTRUCCIÓN y Fuero de Población que se debe observar en las que se formen de nuevo en Sierra Morena con naturales y extranjeros católicos. Madrid, 1767.

LE TROSNE, Guillaume Francois. *De l'administration provinciale et de la réforme de l'impôt*. Balle, 1779.

LÓPEZ, Antonio y MANSO, Carmen. *Cartografía del siglo XVIII: Tomás López en la Real Academia de la Historia*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2006.

LÓPEZ, François. Considerations sur la Sinapie. In *La contation de la société dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*. Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, 1981.

LÓPEZ, François. Una utopía española en busca de autor: Sinapia. Historia de una equivocación. Inicios para un acierto. *Anales de la Universidad de Alicante*, 1982, nº 2.

LÓPEZ, François. Une autre approche a Sinapie. In *Las Utopías del mundo hispánico*. Madrid: Casa de Velázquez y Universidad Complutense, 1990.

MARIN, Louis. *Utopiques: jeux d'espace*. Paris: Minuit, 1973.

MASSON, Jean-Louis. *Provinces, départements, régions: l'organisation administrative de la France*. Paris: Fernand Lanore, 1984.

MONTEGÓN, Pedro, *El Antenor*. Madrid, 1788, 2 vols.

MORELLY, *Code de la Nature ou le véritable Esprit de ses Loix*. s.l., 1755.

MUÑOZ PÉREZ, José. Los proyectos sobre España e Indias en el siglo XVIII: el proyectismo como género. *Revista de Estudios Políticos*, 1955, vol. LIV, nº 81, p. 169-195.

NIEVA DE LA PAZ, Pilar. El arte de cultivar la razón o descripción del establecimiento de la colonia de Ponthiomas: un texto utópico traducido del francés en el siglo XVIII. In *Las Utopías del mundo hispánico*. Madrid: Casa de Velázquez y Universidad Complutense, 1990, p. 79-94.

OLAVIDE, Pablo de. *El Evangelio en triumpho, ó Historia de un Philosopho desengañado*. Valencia, 1799, t. IV.

OZOUF-MARIGNIER, Marie-Vic. *La formation des départements. La représentation du territoire français à la fin du 18^e siècle*. Paris: Editions de l'EHESS, 1989.

OZOUF-MARIGNIER, Marie-Vic y Daniel NORDMAN. *Atlas de la Révolution française*, vol. 4 *Le territoire (1). Réalités et représentations* y vol. 5 *Le territoire (2). Les limites administratives*. Paris : Editions de l'EHESS, 1989.

OZOUF-MARIGNIER, Marie-Vic. Province, département, région : le débat sur les cadres territoriaux en 1789. In *Cartes, cartographes et géographes. Actes du 114^e Congrès National des Sociétés Savantes*. Paris: Imp. Nationale, 1990, p. 35-43.

OZOUF-MARIGNIER, Marie-Vic. La division du territoire: limites naturelles et limites politiques. In CORVOL André. *La nature en révolution (1750-1800)*. Paris: Éditions L'Harmattan,

- POIVRE, Pierre. *Voyages d'un philosophe, ou Observations sur les moeurs et les arts des peuples de l'Afrique, de l'Asie et de l'Amérique*. Yverdon, 1768.
- PRENSA agraria en la España de la Ilustración. *El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*. (1797-1808). Madrid: Ministerio de Agricultura, 1980.
- REEDER, John. Bibliografía de traducciones al castellano y catalán, durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico. *Moneda y Crédito*, 1973, nº 126, p. 57-71.
- REEDER, John. Economía e Ilustración en España: traducciones y traductores, 1717-1800. *Moneda y Crédito*, 1978, nº 147, p. 47-70.
- REJÓN Y LUCAS, Diego Ventura. *Aventuras de Juan Luis: historia divertida que puede ser útil*. Madrid, 1781.
- ROBIN, Regine. El campo semántico de la feudalidad en los Cahiers de Doléances Generales de 1789. *Estudios de Historia Social*, 1977, nº 2-3.
- ROUSSEAU, Jean Jacques. *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. Ámsterdam, 1755.
- ROZIER, Abbé. *Cours complet d'Agriculture, theorique, pratique, economique et de médecine rurale et vétérinaire : suivi d'une méthode pour étudier l'agriculture par principes*. Paris, 1786, t. 7.
- TERÁN, Fernando de. *El Sueño de un Orden*. Madrid: CEHOPU, 1989.
- TURGOT, Anne-Robert-Jacques. Fragmens et pensées détachées pour servir à l'ouvrage sur la geographie politique, 1751. In SCHELLE, Gustav. *Oeuvres de Turgot et documents le concernant*. Paris: F. Alcan, vol 1.
- VALLADARES Antonio. *Tratado sobre la Monarquía Columbina, en Semanario Erudito que comprehende varias obras inéditas (...) dadas a la luz por D.* Madrid, 1790, t. XXX.
- VERSINS, Pierre. *Encyclopédie de l'utopie, des voyages extraordinaires et de la science-fiction*. Lausanne: Éd. l'Âge d'Homme, 1972.
- WIJNGAARDEN, Nicolaas van. *Les Odyssées philosophiques en France entre 1616 et 1789*. Haarlem, 1932.
- WHITCOMBE, Merrick (Éd.). *Typical Cahiers of 1789. Translations and Reprints from the Original Sources of European History*. Philadelphia, 1898, vol. IV, nº 5, p. 1-36.

© Copyright Carlos Sambricio, 2014.
© Copyright Scripta Nova, 2014.

Edición electrónica a cargo de [Gerard Jori](#).

Ficha bibliográfica:

SAMBRICIO, Carlos. Sinapia: utopía, territorio y ciudad a finales del siglo XVIII. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1 de mayo de 2014, vol. XVIII, nº 475. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-475.htm>>. ISSN: 1138-9788.
